

se dijeron: « Ojalá que te vea enroscado. — Per-
» mita Dios que te rompas la cabeza antes de sa-
» lir de la ciudad. »

Familia
de
Lutero.

Los clérigos mal mirados y los frailes involuntarios se aprovecharon de la ocasión de romper la disciplina, no haciendo caso de la Reforma sino en cuanto los eximia de sus penosos deberes, ó les proporcionaba dinero y mujeres (1). Lutero también depuso los hábitos; ofreció su convento desocupado al elector, que se lo regaló; cambió la forma del culto, prohibió la misa y se casó con la exclaustrada Catalina Bohren. No hay que decir los comentarios á que daría lugar la boda de un fraile con una monja, ni si Lutero contestó á ellos con sarcasmos y violencia. La buena de la monja, exasperada del hondo silencio y de las pequeñas enemistades del claustro, pero enorgullecida de poseer al reformador y de haber dado un paso ilegal, se hace cavilosa, lo exaspera, se lamenta de las calumnias, haciéndole en fin experimentar todos los tormentos del genio cuando se ve unido á un carácter positivo. Él toleraba todas sus quejas como una cosa natural, como una cualidad indeclinable en la mujer al sentir que es madre, que es su única misión sobre la tierra (2). En el seno de su familia reposaba de sus luchas exteriores, reía, bromeaba, amaba despues de odiar tanto; y cuando su Catalina se estremecía ante la idea de los peligros que le amenazaban, la inspiraba confianza en Dios, y para dar distinto giro á sus pensamientos, la colmaba de palabras dulces (3), y la muer-

(1) « Civitates aliquot Germaniæ implentur erroribus, desertoribus monasteriorum, sacerdotibus conjugatis, plerisque famelicis ac nudis. Nec aliud quam saltatur editur, bibitur ac cubatur, nec docent nec discunt; nulla vitæ sobrietas, nulla sinceritas. Ubicumque sunt ibi jacent omnes bonæ disciplinae cum pietate. (ERASMO. Ep. 902, 1527.) Satis jam diu audivimus, Evangelium, Evangelium, Evangelium; mores evangelicos desideramus. (Ep. 946.) Duo tantum querunt, censum et uxorem: cætera præstat illis Evangelium, hoc est potestatem vivendi ut volunt. (Ep. 1006.) Tales vidi mores (Basiliæ) ut etiamsi minus discipulissent dogmata, non placuissent tamen cum hujusmodi fœdus inire. » (Ep. 1006.)

(2) « El primer año de matrimonio mi esposa tenía una gran necesidad de hablar. Sentábase á mi lado mientras yo trabajaba, y cuando nada tenía que decirle, me preguntaba si era cierto que en la corte de Prusia tenía un marques por mayordomo á su hermano. — Catalina, Catalina (le contestaba), antes de ocuparte en cosas que no te importan, ¿has rezado el Padre nuestro? »

(3) Cuando daba de mamar á un niño, y el pequeño Hércules estaba á su lado apacible y satisfecho, Lutero la decía: « Ahí tienes un hombrecillo que, como todo lo que proviene de nosotros, tiene sobre sí el odio del papa, el del duque Jorge, el de sus secuaces y el de todos los demonios del infierno. Y no obstante, la pobre criatura, mas intrépido que un filósofo, ni se conmueve ni se turba; mama y salta: está alegre, cuando se halla satisfecho, vuelve la blanda cabecita y sonríe: no le asustan las tempestades de la vida. Imitémosle; es una buena lección... La mayor gracia que Dios puede conceder á una mujer es darle un marido bueno y bondadoso, á quien confiar su suerte, su vida, su felicidad, y cuyos hijos siendo los suyos le hagan partícipes de su alegría. Catalina, vos poseéis ese marido bueno y bondadoso, que os ama; vos sois emperatriz; dad gracias á Dios... ¡ Así estaban nuestros primeros padres en el paraíso, llenos de sencillez ó ingenuidad, sin malicia ni hipocresía! Ah! si pudiéramos como este niño hablar de Dios y confiar en él: ¡ Qué de sentimientos debieron agitar el corazón de Abraham cuando se decidió á sacrificar su único hijo!... Sara nada sabía. » Este último rasgo encierra una sencillez y una ternura sublimes. También raya en lo sublime (Ep. IV,

te de su hija le arrancó acerbos lagrimas (1).

Esta extraña mezcla de bondad y altivez, de sentimiento y burla, de impetuosidad y sutileza, no deja de percibirse un momento en toda la vida de Lutero. Pero aun teniendo presente que en aquellos tiempos no se conocía la urbanidad ni la moderación en las costumbres y las palabras, ofende y repugna el lenguaje libre y burlesco con que trataba las cosas y las personas mas respetables; y cuando por las noches acudía á las tabernas con el solo objeto de poner en ridículo lo que por la mañana se había predicado, prorumpía en palabras indignas de una orgía de depravados. No mencionaríamos esta trivialidad, si no hubiera sido este por espacio de mucho tiempo el lenguaje de los secuaces de Lutero, que todavía no ha desaparecido; y á los que nos digan que era el estilo usual de la época contestaríamos, que no hallamos tan indignas injurias entre los jefes de los Católicos y rara vez en la chusma, que formó parte de todos los partidos, pero que afortunadamente no basta á deshonrarlos, como no basta á protegerlos.

Aquel maestro, sin embargo, que se mofaba de todas las preocupaciones, creyó en los sortilegios, en los maleficios y en puerilidades de mujercillas. En su Pátmos, vió él mismo bailar unas avellanas en el plato y oyó el estruendo de tres mil barriles, que impulsados por una mano infernal, subían y bajaban por las escaleras del castillo; vió á *Killkroppft*, parto del poder satánico, sentarse en medio de sus hijos; oyó al diablo, cuyos pasos se asemejaban al chasquido de la leña ardiendo: otros espíritus foletos habitaban su casa, entreteniéndose en echarle á perder los guisados y los utensilios de cocina: creía que á nadie debía acusarse de suicidio, porque el diablo en persona es el que prepara la cuerda ó el cuchillo: creía también que arrojando piedras á un pozo, se despiertan los genios malignos, adormecidos en su fondo (2). Afirma que el diablo le hizo pasar muy malas noches; pero cuando las molestias que le causaba eran excesivas, le hacía huir con tres palabras que la decencia no me permite repetir (3).

Lutero había estudiado mucho; pero adviértese en su latin, en vez de la elegancia y la armonía de los clásicos, pesadez y dificultad; y cuando al escribir á Roma quiere esmerarse, su estilo es inflado, ampuloso y abusa de los

pág. 41) la carta en que describe á su hijo un delicioso jardín, con niños vestidos de oro, que juegan, cogen manzanas y peras, bromean, cantan, saltan y montan caballos con frenos de oro y sillares de plata »

(1) « No voy á escribir versos; lloro y siento el corazón muerto dentro del pecho. En el fondo de mi alma está esculpiada su imagen, sus gestos, sus conversaciones: la veo como cuando estaba viva, como cuando estaba agonizando: ¡ Hija mía! ¡ mi dulce y obediente hija! La muerte de Cristo (¿ y qué son las demás comparadas con esta?) no basta á apartar de mí este pensamiento. ¡ Era tan amable, tan cariñosa! »

(2) Véase el apéndice M sobre la vida privada de Lutero.

(3) Una vez le escribió Melancthon, que en Roma había nacido de una mula un asno con las patas de ave, signo evidente de la ruina de Roma; y Lutero le contestó consolándole de este evidente pronóstico: « Gaudeo papæ signum datum in mulæ puerpera ut citius pereat. » Ep. IV, pág. 47.

adjetivos. Escribe mejor bajo la impresión de la cólera: cuando le falta la voz latina recurre á la alemana; por lo demás, apenas para mientes en el arte; habla porque necesita hablar; no argumenta con claridad, pero se parapeta tras de sus paradojas, y pretende raciocinar sobre lo probable á modo de los escolásticos; de suerte que cuando aventura una proposición, añade: « Esto es lógica, no fe; la fe, pues, nada tiene » que hacer aquí (1). Llegó á adquirir cierta destreza para tratar en su lengua natal las materias filosóficas y religiosas; tenía dotes de orador, fecundidad inagotable de pensamientos, imaginación capaz de producir y recibir impresiones, abundancia y flexibilidad de estilo; voz clara y armoniosa, ojos brillantes, cabeza majestuosa, manos bellísimas, facciones animadas; y cuidaba mucho de llevar siempre limpios el vestido, los cabellos y los dientes. Vivió entre el pueblo y lo estudió, comprendiendo que solo del pueblo emanan las revoluciones duraderas. Su voz brilla animada con el orgullo de la infalibilidad personal, que se resigna á referirse á la palabra de Dios, pero reservándose el derecho de interpretarla como mejor le plazca. Clama por lo tanto impetuosamente sin respetar nada: el espíritu y la imaginación suplen al genio; se adelanta arrastrado por la ira y la impetuosidad sin saber adónde va. Llegó á predicar tres veces al día; nunca le faltó sobre qué, y siempre con el calor y el desorden de una oda; era elocuente, si elocuencia es el continuo movimiento del alma; era todavía predicador cristiano; pero previó que la elocuencia decaería al decaer el dogma, y que sería inútil ya conmovir las conciencias por medio del terror ó el sentimiento.

Ninguna de sus doctrinas era nueva: desde un principio tuvo la Iglesia que sostener con su palabra la verdad sellada con sangre; reunida en torno del sucesor de San Pedro, se vió luego precisada á discutir los dogmas, y según la inspiración del Espíritu Santo, á anatematizar la soberbia de la razón, que á modo del antiguo tentador dice al hombre: *Tú eres Dios*. En las controversias suscitadas entre el papa y los reyes se habían agitado todas las cuestiones relativas al poder pontificio, y el mundo había proclamado la superioridad de la materia sobre el espíritu, de la fuerza sobre la opinión. Los valdenses y los cataros, y toda aquella multitud de innovadores habían considerado la Escritura como el único juez competente en materias de fe; la tradición, como palabra humana, estaba para ellos sujeta á error, y solo en las letras de fuego de la Escritura, brillantes como el sol, no cabía engaño; creían inútil el culto externo; decían que el papa era un anticristo y que no tardaría mucho en hundirse su cátedra. La libertad de examen fué la bandera bajo la que se agruparon sucesivamente los heresiarcas de la edad média; y no hubo verdad ni error que

(1) « Nihil asserens sed disputans, non in fide, sed in opinionibus scholasticis. » LUTERO contr. Eck. »

no se pusiese en tela de juicio sobre la Gracia, la justificación y el purgatorio.

Lutero, pues, no hizo mas que conducir las dudas al través de los siglos, sustituir á la constancia de la tradición las vacilaciones de los razonamientos esotéricos, arrojándolos, sin cuidar de ordenarlos primero, sobre un mundo dispuesto á recibir la simiente. Algunas almas rectas creyeron ver en él al hombre enviado por Dios, si no para destruir el dogma, para poner coto á los abusos, concediéndole una fuerza de genio maravillosa. Los literatos decían que escribía con gran desaliño, pero aplaudían sus ataques contra la desacreditada escolástica y los frailes, en los que creían encarnada la ignorancia y la pedantería. Los primeros que se arrojaron á hacerle frente le dirigieron argumentos, que Lutero esquivó con auxilio de la burla y la audacia, concluyendo por obligar á los estudiantes, que no cesaban de aplaudirle, á silbar á sus opositores.

Era, pues, impetuoso mas bien que fuerte; era un torrente que al descender de una gran altura, aunque pobre en su nacimiento, se robustece y atruena; pero esa misma impetuosidad, esas mismas invectivas, esa misma inflexibilidad, ese mismo « magnífico desprecio de los reyes y de Satanás, » consiguieron popularizarle. Y no es de extrañar por qué en la historia vemos el favor con que siempre se ha recibido la fuerza extraordinaria que arrastra en pos de sí á los que necesitan movimiento, pero rehuyen la fatiga de pensar por sí mismos. Los Alemanes miraban ya de reojo al papa, desde que se opuso á los proyectos del emperador, de fundir en uno el orden material y moral. Ahora se veía acariciado aquel sentimiento de malevolencia contra cuanto había del lado acá de los Alpes, contra aquellos papas que habían sustraído á sus invasiones una civilización entera; de modo que se aficionaron al nuevo Herminio, declamando contra la pompa y la delicadeza que no conocían, y contra la cultura de que no eran capaces.

Aumentáronse los protectores de Lutero, y el principal de todos ellos fué Ulrico de Hütten, autor de las *Epistolæ obscurorum virorum*, rey entonces de la imprenta, que no ménos valiente con la espada que con la pluma en la mano, combatió en campo cerrado con cuatro Franceses que habían calumniado á Maximiliano, y escribió un violento prefacio para el opúsculo de Lorenzo Valla sobre la donación de Constantino. Había abandonado el latin por el alemán, y trataba de formar una asamblea anual de obispos para regularizar la Iglesia, y una constitución cristiana del imperio, cuyo jefe debía ser Carlos V. Pero viéndole vacilar, se fijó en Francisco de Sickingen, noble que habitaba á orillas del Rin.

Este, uno de los últimos en renunciar al derecho de la fuerza, se preparaba desde su castillo de Lansdthul á reparar con la espada en la mano las ofensas que los tribunales dejaban

Francisco
de
Sickingen.

impunes; en defensa de un particular hostilizado á Worms, y colocado del lado del emperador, se sostuvo tres años, reintegrándose de los gastos que hacía con lo que robaba á los mercaderes que iban á Francfort, tanto que Maximiliano se vió en la precision de levantarle el destierro y tomarle á su servicio, siendo por algunos propuesto para emperador. Fué de los primeros en afiliarse al partido de Lutero y le ofreció su castillo, con la esperanza de que aquel desorden daría en tierra con las trabas puestas á las guerras privadas; y no obstante estas trabas, al frente de mil doscientos hombres que reunió en poco tiempo, atacó al elector de Tréveris, declarando guerra á cuantos príncipes se lanzaron á detenerle; pero asediado con armas á que no estaba acostumbrada la caballería, fué herido, preso en la brecha y muerto.

Confiaba tambien Lutero en tener un gran apoyo en Erasmo, uno de los hombres mas apreciados de su época. Háblale este allanado el camino y aplaudido sus primeros pasos, creyendo que solo se trataba de una justa literaria entre los idólatras de la escuela antigua y los protectores de la Reforma y de las mejoras (1); porque hombre de fe vacilante, como otros muchos que creían saberlo todo porque hablaban con cierta elegancia, quería burlarse del Catolicismo sin dejar de ser Católico. Lutero aduló á este árbitro de la fama; pero ambos se creían invencibles en la lucha; y Erasmo llegó á cobrarle odio, pues aunque escritor de ménos valía, estaba ya á su altura, y atraía sobre sí toda la atención de la Alemania, de que él solo era antes objeto.

No seré yo ciertamente quien considere á Erasmo como hombre de firmes creencias. Cortesano lleno de vanidad, comprendió que al afiliarse á un partido se enemistaba con el contrario, y por tanto disminuían las alabanzas, el incienso y la tranquilidad. Arrastrado por el ansia de ridiculizarlo todo, nada había respetado, ni dogmas, ni prácticas, pero solapadamente, valiéndose siempre en sus discursos de frases ambiguas, para poder desdecirse en caso de necesidad; hablaba mal de las monjas en general, pero en particular las escribía con dulzura; hablaba mal de los papas, pero besaba los pies de Leon X y recibía de sus manos una pension: decididamente no quiso ser mártir de ninguna creencia. «Lutero (escribía) nos presenta una doctrina saludable y excelentes consejos; y ¡ojalá no hubiese destruido sus efectos con imponderables errores! Pero aunque nada haya que reprobar en sus escritos, yo nunca me he sentido dispuesto á morir por la verdad. No todos los hombres tienen el valor suficiente para ser mártires; de mí sé decir que si me

(1) Erasmo dice: «Me había engañado; admiraba al hombre que venía con la cabeza levantada, criticando los vicios de su siglo y á los obispos cubiertos de púrpura; que no se inclinaba ante ninguna majestad, ni aun ante el supremo prelado; que con mano santamente libertina descubría hasta la desnudez de su padre.» Ep. página, 736.

hubiese visto próximo á la tentacion, temo que hubiera hecho lo que San Pedro.»

Erasmo, sin embargo, herido por la orgullosa indiferencia de Lutero, no perdonó medio de humillarle, y puso por obra su plan de venganza, con gran contentamiento de los Cristianos; pero él conocía escasamente la materia y el libro amenazado no salía á luz; apostrofaba duramente á Lutero, pero no perdonaba á los Católicos, y cuando le decía el vicario de los Agustinos: «¿Qué ha hecho ese pobre fray Martín que todos la toman con él?» contestaba: «Ha cometido dos grandes pecados: ha atentado á la tiara de los papas y á la barriga de los frailes.»

Lutero, que le consideraba y compadecía, en gran manera se burlaba de su afán «de caminar sobre huevos sin romperlos,» y no cesaba de repetirle «que el Espíritu Santo no era escéptico; hasta que al fin tuvo que dirigirle una de las cartas que acostumbraba á escribir, llenas de las mas cordiales injurias (1). ¿Qué buena ocasion tuvo entonces Erasmo de dar rienda suelta á su sarcasmo y á su poderosa risa contra la infinidad de opiniones que abrigaba, contrarias unas á otras, y contra la discordia que dividía á los reformadores y el acrecimiento de las supersticiones! pero tomó la cuestion por el lado serio y escribió una extensa refutacion teológica, sobre el punto en que se roza el Catolicismo con el racionalismo, es decir, sobre el poder natural del hombre. Lutero, en vez de señalar límites al libre albedrío, le negaba; Erasmo quería ponerse en medio y conciliarle con la Gracia, pero el tiempo de la conciliacion había pasado, y nadie comprendió su trabajo, que se resentía de resabios de escuela, y que no podía colocarse á la altura de la respuesta de Lutero, todo fuego, imaginacion y donaire.

Hemos visto cómo Lutero se conquistó el apoyo de los príncipes; y en efecto, puede decirse que si las herejías precedentes, trastornando la sociedad, lucharon sin resultado, esta le obtuvo, porque conducía al absolutismo en un tiempo en que la necesidad de orden se hacía cada vez mayor. Lutero, sin embargo, no perdonaba este afán de orden á los gobiernos y á los reyes, y tenía por proverbio: *Principem et non latronem esse, via est possibile* (2). «Es un ave muy

(1) «Apénas convaleciente, quiero, con ayuda de Dios, escribir en contra de ese hombre y aniquilarle. Hasta ahora habíamos sufrido que se burlase de nosotros, estrechándonos cada vez mas, pero hoy que quiere hacer lo mismo con Cristo, salimos á su defensa; verdad es que aplastar á Erasmo es lo mismo que aplastar á una chinche, pero Cristo de quien se burla, es primero para nosotros que el riesgo que él puede correr. Si consigo mi objeto, purgaré á la Iglesia con ayuda de Dios de su hipocresía, porque de las doctrinas de Erasmo han nacido Croto, Egrano, Witzelm, Eco'ampadio, Campano y otros visionarios y epicúreos. Ya es tiempo de hacerle oír la voz de la verdad... yo no quiero reconocer en la Iglesia... Cuando predica suena su voz como un vaso cascado, acomete al papado, y hoy despues de haber tirado la piedra esconde la mano.»

(2) SECKENDORF. *Hist. lutheranismo*, I, 212.

» rara un príncipe de buen sentido, y mas rara aun un príncipe pio. Por lo regular todos son los mas insensatos, los trapaceros mas atrevidos de la tierra: siempre debe esperarse de ellos lo peor, pues son pocos los que salen buenos, sobre todo tratándose de cosas divinas, porque son los verdugos de Dios; la cólera de Dios se sirve de ellos para castigar á los malvados y mantener la paz exterior. Nuestro Dios es un gran Señor: por eso tiene nobilísimos y serenísimos verdugos y alguaciles (1).» Escribió contra el duque de Brunswich un libro titulado *Payaso (Pagliaccio)*; y á Carlos V le llamaba bestia alemana, perro rabioso, soldado del papa, portero del diablo (2).

Mucho debió de lisonjear su amor propio verse frente á frente de un rey. Enrique VIII se lanzó á refutarle la parte referente á los sacramentos, llamándole doctorcillo y santurrón. «Niegue, decía, nuestro eruditillo que toda la comunión cristiana saluda á Roma como á su madre y guía espiritual hasta el extremo del mundo. Cristianos separados por el Océano y el desierto obedecen á la Santa Sede. Si este inmenso poder no radica en el papa por voluntad de Dios ni de los hombres, si es debido á la usurpacion y la rapiña, explíquenos Lutero su origen. La derivacion de un poder tan grande no puede estar envuelta en las tinieblas, mucho mas pudiendo recordar su época. ¿Data de dos ó tres siglos? Abre la historia y lee. Pero si esta potestad es tan antigua que oculta su principio en la noche de los tiempos, téngase presente que las leyes humanas legitiman la posesion de todo aquello cuyo origen no puede indicarse la memoria, y que por unánime consentimiento de las naciones está prohibido tocar lo que el tiempo respeta. Rara imprudencia se necesita para afirmar que el papa fundó su derecho en el despotismo. ¿Por quién nos toma Lutero? ¿Tan estúpidos nos cree que vayamos á dar asenso á la idea de que un pobre sacerdote haya bastado á establecer un poder como el suyo? ¿que sin ningun objeto, sin ninguna especie de mision ni derecho haya conseguido someter bajo su cetro tantas naciones? ¿que tantas ciudades, tantos reinos, tantas provincias, hayan sido tan pródigas de su libertad, que hayan reconocido á un extranjero, á quien no debían fe, homenaje ni obediencia?»

Y despues, valiéndose de sólidos y lógicos argumentos, defiende el rey teólogo la misa, bajo el doble aspecto dogmático de buena obra y sacrificio. Lutero dice que las palabras de Cristo: «Lo que desatéis en la tierra lo ataréis en el cielo,» se dirigen á todos los fieles, y Enrique, abandonando el campo de los silogismos, recurre á este ejemplo histórico. «Emilio Scauro, acusado ante el pueblo romano por un

» hombre sin reputacion, exclamaba: Quirites, Varo afirma, yo niego; ¿á quién creeréis vosotros? Y el pueblo le aplaudió, y el acusador se sintió confundido. No procuraré buscar mejor argumento en la cuestion del poder de las llaves. Lutero dice que la palabra de la institucion se dirige á los legos, Agustín niega; ¿á quién creeréis? Lutero dice sí; Beda no; ¿á quién creeréis? Lutero dice sí; Ambrosio no; ¿á quién creeréis? Lutero dice sí; la Iglesia se levanta en masa y dice no; ¿á quién creeréis (1)?»

Lutero prorumpió en mil denuestos contra aquel Faraon de Inglaterra, insensato, extravagante, poltron, rey de paja, bufon de carnaval (2), el mas abyecto de todos los asnos y el puerco de Santo Tomas: que no temía luchar con él que era «oso y leon, espanto de los razonadores coronados y encapuchados, dispuesto siempre á romperles la cabeza de hierro y la frente de bronce.» Pero apénas llegó á su noticia el enojo del rey, le dirigió tan miserables excusas, que me avergonzaria de repetir las.

Del mismo modo cambiaba de opinion respecto de sus contemporáneos, segun las inspiraciones de la pasion que le dominaba. Ya veremos cómo cambió de lenguaje con Erasmo; Eck, á quien él mismo llamaba hombre *insigne por su ingenio y erudicion*, no tardó en aparecer á sus ojos como un teologastro y un sofista despreciable; la universidad de Paris, á la cual calificó de *madre de la ciencia y de la sana teología*, una vez perdida la esperanza de que se declarase en su favor, apareció tambien ante sus ojos como una meretriz, una sentina de herejía cubierta de lepra de los pies á la cabeza, y los individuos que la componian como una recua de *asnos parisienses*.

Procediendo de este modo no podia esperarse de él ni una conveniente resistencia ni un justo orden. Uno de sus mas notables partidarios fué Felipe Melancton (*Schwartz-Erde*), del Palatinado, jóven de veintidos años, de rizada y abundosa cabellera, de ojos dulces é inalterable ternura; estaba ademas perfectamente educado, poseía el griego como pocos, y comprendía toda la utilidad que podia sacarse de los clásicos. Parecía destinado á regular los impetus del reformador, de quien decía: «Está poseído de la cólera de Aquiles y de los furores de Hércules, y sin embargo le creo mejor que lo que en sus escritos aparece;» en sus *Lugares comunes*, expuso claramente la doctrina de la Reforma, asegurando que la justificacion ante Dios se consigue con la fe solamente, y que esta es producto de la Gracia, independiente de la voluntad del hombre que carece de libre albedrío y no contrae mérito alguno con sus buenas obras.

(1) Mezclaba con impertinencias razones de gran peso; y en la réplica que hizo formular contra la respuesta de Lutero, concluye abandonándole *cum suis furis et furoribus, cum suis merdis et stercoreibus, cacantem cacatumque*.

(2) Obras, tomo II, pág. 143; tomo V, pág. 517.

Enri-
que VIII
y Lu-
tero.

1521.

1497-
1560.
Melane-
ton.

Por tanto, mas bien se debe buscar el símbolo de la doctrina de Lutero en sus secuaces que en él mismo: únicamente creían en la Escritura, no cuidándose del papa, de los padres, ni de los Concilios, sino solo del texto de la ley que cada cual puede interpretar á su modo. Consideraban basado el Cristianismo en este dogma; que el hombre, corrompido é inclinado al vicio por la culpa original, tuvo necesidad de que Dios mandase á la tierra su propio hijo para redimirle. De aquí los dogmas de la Trinidad, de la Encarnacion, de la naturaleza y voluntad de Cristo, y los demas, que son la esencia de la doctrina cristiana, respecto de Dios. Contra estos dogmas dirigieron los herejes de los primeros siglos su protesta del espíritu razonador que rechaza las incomprensibles verdades de la fe.

Los sacramentos no eran mas que aplicaciones del Cristianismo al hombre, y en ellos se fijó la herejía del siglo XVI, como protesta del espíritu moral contra los abusos de la Iglesia, que decían multiplicaba los medios de redencion, con el aumento de sacramentos, aplicándolos á las obras sin virtud y á los actos sin arrepentimiento. A esta supuesta justificación mecánica y venal, insuficiente á morigerar las costumbres, fué á la que declaró guerra Lutero, y buscó la justificación del Cristianismo en la fe, asegurando que esta era la única condicion de salvacion; luego era inútil producir buenas obras; luego bastaba estar íntimamente convencido de que han de ser perdonados los pecados (que es lo que constituye la fe cristiana) para no volver á pecar y conservar siempre el favor de Dios. Solo de la sangre del Redentor podían venir al hombre la Gracia y la salvacion; mientras este, inepto y pecador, nada podría si Dios no le libraba del pecado y de la muerte. Así, pues, el nombre no era dueño de su libertad; la Iglesia no tenia nada que prescribirle: Dios era tan autor del bien como del mal.

Establecida de este modo la justificación por medio de la fe gratuitamente dada por Dios, se deducía en filosofía que la Gracia estaba en lugar del libre albedrío del hombre; en la práctica, que eran vanos los actos exteriores, la abstinencia, los votos y las oraciones por los muertos; y en el culto, que los sacramentos predisponían para la salvacion, pero no la conferían, y que estos eran solo los que Cristo instituyó con su palabra, el bautismo, el orden, la comunión y la penitencia. Pero la penitencia no exigía la confesion, y la comunión, recuerdo del sacrificio consumado en el Calvario, no podía absolver á los vivos y á los muertos; y debía administrarse bajo las dos especies, en las que Dios está presente, pero no las transustancia. Por lo demas, nada de indulgencias, ni misa privada, ni peregrinaciones, ni invocaciones á los Santos.

En cuanto al gobierno eclesiástico, ni Lutero ni ningun predicador, si habia de ser consecuente consigo mismo, podía reconocer mas

autoridad que la del consejo para hacer comprensible lo que el vulgo hallase oscuro. El ministro era un hombre como los demas, no podía por tanto absolver á sus hermanos ni distinguirse por sus votos y penitencia. No reconocían unidad de poder, ni el papa era de derecho divino; creían que la jurisdiccion religiosa competía á los obispos, iguales entre sí, despues de Dios, que era su jefe, y elegidos por los príncipes. Negada la tradicion era absurdo aceptar el Nuevo Testamento, que solo á la tradicion debemos: los misterios cristianos se consideraban mera letra en el hecho de faltarles la decisiva interpretacion de una autoridad tradicional; y como carecían de ella, se abandonaron á la interpretacion de las pasiones y del capricho. Solo faltaba formular un símbolo, y confiar su defensa á la espada temporal que habia sustituido al derecho supremo del alma, que permanece grande bajo la dependencia de Dios y en la independencia de la potestad del mundo. En suma, se subrogó la idolatría del Estado bajo la máscara de una libertad absoluta en la fe.

Al mismo tiempo varios príncipes habian formado en Ratisbona una liga para extirpar la herejía en sus Estados, introduciendo una reforma. Adriano VI, que acababa de subir al pontificado, convencido por argumentos escolásticos de la verdad revelada, no pudo creer á los protestantes hombres de buena fe, pero al rigor con que se les habia tratado, achacó sus abusos. Educado, ademas, en el extranjero, tuvo ocasion de apreciar los abusos de la curia romana, y aterrorizó á la corte cuando anunció que iba á extirparlos de una vez, al paso que dió alas á la osadía de sus enemigos, confesándolos y prometiendo repararlos: con este motivo le dirigió la dieta de Nuremberg (1523-24) cien cargos (1).

(1) En la Biblioteca Vallicellana existe el discurso que Bernardino Carvajal, cardenal de Ostia, dirigió á Adriano VI á su entrada en Roma. En él le recuerda estos siete puntos:

1. Quod eliminet omnes dolores præteritorum temporum, simoniam videlicet, ignorantiam et tyrannidem, ac vitia omnia, quæ alias Ecclesiam affligebant; et bonis consultoribus adhareat, et libertatem in votis, in consiliis ac executione gubernatorum cõhibeat.

2. Ecclesiam juxta sancta concilia et sacras leges canonicas religiose, quantum tempora patientur, reformet, ut faciem sanctæ Ecclesiæ, non peccatricis congregationis referat.

3. Fratres suos et filios carissimos sanctæ romanæ Ecclesiæ cardinalis, aliosque prelatos et membra Ecclesiæ integro amore non verbis tantum sed rebus et operibus complectatur, bonos honorando et exaltando, illisque et maxime pauperibus providendo, ne apex apostolicus paupertate sordescat.

4. Omnibus indifferenter justitiam administrabit, et in hoc optimos officarios constituet, qui nullis compositionibus aut altercationibus juri justitiam pessundabunt.

5. Fideles, signanter nobiles et monasteria consueta adjuvari, in suis necessitatibus juxta tempora honorum pontificum sustentabit.

6. Infideles, maxime Turcas, pessimos crucis hostes; nunc apud Rhodum et Hangariam multis victoriis superbientes, qui maximo dolori et terrori Ecclesiæ sanctæ sunt, excludet et expugnabit, et ad hanc expeditionem pecunias congruentes, inducias inter Christianos procurabit, et justam expeditionem magna auctoritate ordinabit, et nunc aliquo pecunario presidio obsidioni Rhodiane succurret.

7. Ecclesiam Principis Apostolorum magno nostro dolore diruptam et conqussatam, partim sua impensa, partim principum et popularum piis suffragiis, sicut prædecessores sui fecerunt, eriget, consolidabit.

¿Había sido posible todavía una reforma amistosa? Roma en el concilio de Trento confesó de hecho que Lutero tenia razon en muchas cosas; y si en aquel primer momento hubiese corregido la disciplina y retirado sus pretensiones puramente curiales, no trasformando en dogmáticas las cuestiones de jurisdiccion, siquiera temporalmente, hubiera conseguido quitar todo pretexto á las declamaciones. Hemos visto que la Iglesia perdió todos sus bienes, sin que el cisma levantara la cabeza; ya se habia hecho una condescendiente transaccion sobre algunos ritos con la Griegos y los hussitas; respecto de la indulgencia, causa de todo, no se habia sometido á discusion ningun punto capital, y hasta entónces no habia grandes diferencias en cuanto á los dogmas esenciales y á los misterios. Podíase, pues, esperar todavía una fusion; y Adriano VI y Melancthon parecían inclinados á ella (1). Pero en aquel pontificado apareció en toda su desnudez la corrupcion de Roma. Adriano con su nombre conservó sus costumbres primitivas; llevó consigo la misma pobre criada que le servía ántes de su exaltacion; y su sencillez y el decir misa todos los dias, le ridiculizaron en los palacios habitados por los Médicis. Tenia fama entre sus allegados de protector de las letras (2); y á pesar de esto y de los obstáculos que tuvo que vencer para la fundacion del colegio trilingüe de Lovaina, fué llamado bárbaro por los literatos que no mantenía á sueldo. Habiéndole enseñado la estatua de Laoconte, exclamó: *Ídolos paganos*; y apartó los ojos de la clásica desnudez: y hé aquí por qué huían de él los vanos literatos: Pasquin le retrató bajo la forma de un pedagogo que así aplicaba la disciplina á los cardenales como á los escolares. Con solo intentar prohibir las ventas simoníacas, ofendió á los que habian comprado el derecho de hacerlas: se atrajo gravísimas enemistades con abolir las supervivencias de las dignidades eclesiásticas: como extranjero no tenia relaciones de familia; no se las creó extrañas porque ántes de dar un beneficio lo meditaba mucho, de modo que quedó en descubierto con todos; y no teniendo, por tanto, quien lo sostuviese, debió exclamar: «¿Qué tiempos tan amargos aquellos en que el hombre mas honrado se ve precisado á sucumbir.»

Fué considerado, pues, el pio y celoso pontífice un mal no menor que la peste que recorría el mundo; su muerte se publicó con gran regocijo, y á la puerta del médico que le asistió colgaron una corona cívica con esta inscripcion: *Ob urbem servatam* (3).

(1) En la nota N reproducimos un proyecto de reforma católica concebido entónces.

(2) ERASMO, ep. 1176, dice: «Vix nostra phalanx sustinisset hostium conjurationem, nisi Adrianus, tum cardinalis, postea romanus pontifex, hoc edidisset oraculum: Bonas literas non damno; hereses et schismata damno.»

(3) Son verdaderos estos dos epítetos que le pusieron: «Hadrianus VI hic situs est, qui nihil sibi infelicis in vita quam quod imperaret duxit. — Proh dolor: quantum refert in quæ tempora vel optimi cujusque vita incidat.» Véase la nota O.

Indudablemente el peor momento de establecer una reforma es cuando no hay posibilidad de diferirla. Ya solo al tiempo le era dado reparar las ruinas causadas por el tiempo; pero la Reforma caminaba en tanto con la violencia que destruye: comenzaba á echar raíces en los pueblos la costumbre de los ritos y dogmas nuevos; los curas casados se veían ligados al nuevo orden de cosas por el doble vínculo del interes y el afecto; y la nueva generacion se educaba con la nueva creencia.

CAPÍTULO XVIII

La Reforma y la política. — Guerra de los paisanos. — Confesion de Augsburgo.

Mientras tanto las consecuencias sociales de la Reforma comenzaban á dejarse sentir, y desde que cada cual podía interpretar la Biblia á su modo, sirvió esta de incentivo á las pasiones, de las cuales la política ha sido siempre la mas violenta. Los villanos leían en el Evangelio que todos los hombres son iguales, y exceptuando á Dios y al príncipe, pero no á la nobleza, quisieron extender la libertad religiosa hasta la civil, y se levantaron contra los señores pequeños, que á imitacion de los grandes los oprimían. Ya habian celebrado primeramente algunas reuniones, y formado ligas con este objeto, y se levantaron tomando por enseña al zapato plebeyo (*Bundschuh*) contra las botas de los señores. Reuniéronse despues en diferentes puntos, y Cristóbal Schappler, sacerdote suizo, que oyó sus quejas y demandas, las formuló en doce capítulos, en los que pedía: que se permitiese á los villanos elegir por sí mismos el sacerdote que habia de anunciarles la palabra de Dios sin alteracion de ninguna especie; pues si hasta entónces habian consentido que se les tratase como á esclavos, aunque hijos de Cristo, no lo consentirían en adelante, á no ser que se les probase estar en un error con el sagrado texto en la mano; que cesase el pequeño diezmo sobre los animales, y el grande sobre los terrenos se aplicase á otros objetos; que se suprimiese la servidumbre sobre los terrenos, dulcificando los servicios corporales y los castigos por delitos; que se permitiese cazar y pescar porque Dios les habia dado á todos, en la persona de Adán, el imperio de los peces del mar y de las aves del viento; que se consintiese hacer leña en los montes para calentarse y reparar las fuerzas; que se diese por abolido el tributo que á la muerte del jefe de la familia se exigía á la viuda ó al huérfano, de suerte que no se viesen reducidos á mendigar; y por último, concluía diciendo, que los plebeyos pasarían en silencio otros cargos siempre que los señores prometieran tratarlos conforme al Evangelio (1).

La demanda era justa, pero sostenida violentamente no podía ménos de producir los excesos

(1) GÖDALIUS, *Rusticanorum tumultuum vera historia*, p. 31.

Insurreccion de los villanos

1501.
1518.